

En el intento de superar su angustia, Alberti sueña con el imposible regreso. La España del futuro, la que él ansía, nuevamente asume la imagen del toro libre:

Cornearás aún más y más que nunca,
desdoblado los campos de tu frente,
y salpicando valles y laderas
te elevarás de nuevo toro verde.

...

Te cantarán debajo tus dos mares,
y para ti los trigos serán puentes
por donde saltes, nuevo toro libre,
dueño de ti y de todo para siempre.

Según propia confesión del poeta, en *Baladas y canciones del Paraná*, entrelazadas a sus nuevas raíces americanas, la presencia de sus «largas angustias españolas está más viva y clara que en ningún otro» libro:

Hoy las nubes me trajeron,
volando el mapa de España.
¡Qué pequeño sobre el río,
y qué grande sobre el pasto
la sombra que proyectaba!

En «Retorno frente a los litorales españoles», Alberti —frente a ellos— afirma su constante amor por España con apasionado énfasis:

No quiero separarte de mis ojos,
de mi corazón, madre, ni un momento
mientras te asomas, lejos, a mirarme.
Te doy vela segura, te custodio
sobre las olas lentas de este barco,
de este balcón que pasa y que me lleva
tan distante otra vez de tu amor, madre mía.

Amor mutuo que sueña intercambiable y recíproco, al entrever las costas españolas.

2. *El mar*

El mar es, sin duda, el constante vínculo con la patria, además de hilo coherente que enlaza y unifica casi todos sus poemas del exilio (según hemos tratado de demostrar en un ensayo sobre este tema en una publicación anterior). Hoy sólo deseamos recordar aquí que, en *Pleamar*, es sujeto definitivo. Por serlo, Alberti ofrece su hija Aitana a sus viejos mares maternos —a sus mares de desgracia, a su mar de «catástrofes»—, en patéticos versos:

Encántamela tú, madre mar gaditana.
Es la recién nacida alegre de los ríos
americanos, es la hija del desastre.

Niña que un alud ha empujado «a numerosos kilómetros de agua». Y suplica a sus mares que den belleza a su niña, que se la calienten, que le abran la paz de las aldeas españolas, que le muestren sus raíces natales; que sepa, por ellas, que es hija de la mar, «meta azul de las olas».

«Arión» es el diálogo del poeta con el mar: sus reflexiones tristes y nostálgicas ante éste. El mar de Cádiz se ha confundido con el mar de América, con los mares de España. Y el mar, también, se ha identificado con la Poesía: es el mar de la tradición española. A éste pide el ritmo y, en consecuencia, el verso. Canta con el «maestro mar», al meterse por los «largos canales de sus huesos», olas tuyas que son «olas maestras», los grandes poetas de la tradición vernácula: Gil Vicente, Antonio Machado, Garcilaso, Juan Ramón, Rubén Darío, Pedro Espinosa, Góngora «y las fuentes/ que dan voz a las plazas de mi pueblo». Alberti reconoce que su poesía pertenece a una tradición culta y a una tradición vernacular, a las que suma la voz alucinada de Charles Baudelaire.

Mas por el mar, también, constantemente renace, constantemente es niño. Y recuerda su mar de Cádiz que no le predijo el llanto de su vida ni el llanto del destierro:

No me dijiste, mar, mar gaditana,
mar del colegio, mar de los tejados,
que en otras playas tuyas tan distantes,
iba a llorar, vedada mar, por ti...

El mar se le introduce, desde niño —«chica mar»—, en su frente, y allí fue creciendo en oleaje hasta hacerse mujer y hombre al mismo tiempo. Y mirando a su pasado, imagina su simbiosis con el mar:

¡Qué feliz era, mar! ¡Llegué a creerme
hasta que yo era tú y que me llamaban
ya todos con tu nombre!

Gritaban: ¡Rafael!

Y hasta podía
sostener en mis espaldas los navíos.

Patéticamente, por último, en una estrofa de signo y sintaxis condicional, Alberti transfiere al mar su propia tragedia humana. Es una estrofa que no acaba —se pierde en suspensivos—, pues aún sigue bregando la vida del poeta:

Si a ti, mar, te arrancaran de tu sitio,
descuajaran a hachazos de tu pueblo;
si ya como lenguaje te quedara
tu propia resonancia repetida;
si ya no fueras, mar, mar para nadie,
mar ni para ti mismo,
perdido mar hasta la muerte...

El poeta se enfrenta con su agonía de desterrado, con su pasado muerto, con su porvenir de hielo. Y tiene la certeza de que su vida está terminada, quevedianamente «difuntos ya el huir y la carrera».

El mar abre, recorre y cierra la obra del poeta gaditano en exilio —«marinero en tierra» siempre—, en múltiple metaforismo de existencia y vocación, pasando por todos los matices que van desde la gracia nostálgica popular hasta la gravedad profunda, hasta el dolor y el llanto. Mar, fuente de vida y, también, su finalidad: «volver al mar» es «volver a la madre», es morir. Mar de vida y mar de muerte: centro constante de la creación poética albertiana en su dilatado exilio.

3. Cádiz y el Puerto de Santa María

Ambos topónimos son consubstanciales a la vida y a la obra poética de Rafael Alberti. En su exilio, recordarlos es dolor y consuelo para él. En la segunda parte de *La arboleda perdida*, el poeta recuerda con exactitud que por primera vez marchó del Puerto de Santa María —cuna suya— «una mañana del mes de marzo de 1917». Libremente pudo regresar a él en el verano de 1977. Cuando fue nombrado Doctor *honoris causa* por esta Universidad de Cádiz, en 1985, Alberti confesó su júbilo y total convencimiento: «...a los sesenta y siete años de salido de El Puerto, de esta fabulosa, mitológica bahía, de la que me llevé la luz, su gracia y su sal imperecederas. ¡Ah, qué maravilla! ¡Qué alegre día para mí este de hoy, así vestido, mi nuevo y lujoso traje de marinero en tierra, después de haber rodado —y no por culpa mía— durante tanto tiempo por el mundo!» (V, pp. 225-226).

Mucho antes, en su *Ora marítima* (1953), el poeta había cantado a Cádiz desde la orilla americana del Atlántico, uniendo la ciudad al sueño de su infancia. Era —es— «bahía de los mitos», fundación fenicia, «la ciudad más antigua de Occidente»...

Canas de antigüedad, tus estelares fábulas,
tus solares historias,
¡oh gaditano mar de los perdidos
Atlantes, vesperales jardines de la espuma,
islas desvanecidas del ocaso!,
ya oscuro en tus orillas, me acunaban, cantándome.

Por sus playas, cuando niño, iba a su mar a robarle caracoles y algas. Ha cantado a Cádiz casi todos los días, «llamando siempre Cádiz a todo lo dichoso,/ lo luminoso que le aconteciera» en su destierro. Hay, en esta *Ora marítima*, un poema que nos conmueve especialmente, no tanto por sus alusiones míticas e históricas como por sus connotaciones humanas; nos referimos a la «Canción de los pescadores pobres de Cádiz», que se nos autorrepresentan en la primera estrofa:

Hijos de la mar de Cádiz,
nuestras casas son las olas.
Somos los pobres del mar,
de ayer y ahora.

4. La soledad

A pesar de estar acompañado por María Teresa, por su hija Aitana, por buenos y generosos amigos, Alberti se siente asediado por la soledad: le asalta en sus insomnios, en los momentos en que no trabaja, en instantes de depresión... La soporta con angustia, con remordimiento y, también, con estoicismo. En ocasiones, se lamenta de su prolongado destierro. En «Diario de un día» (*Poemas de Punta del Este*) se pregunta: «¿Soy hombre —poeta— de soledad, de soledades, como para vivir lejos del mundo de los hombres? Antes pensaba que lo era. Ahora, cuando me quedo solo demasiado tiempo, perdido el choque de mi vida con la de los demás, siento que en mí se paraliza algo, remordiéndome. Y entonces vuelvo a mis soledades con más ímpetu, más renovadas ansias de contacto». Alberti busca la hermandad de los otros y sólo encuentra soledades: la soledad de su exilio espiritual.

En «El bosque y el mar» del mismo libro, el poeta vuelve a quejarse: le asedian —como siempre en su destierro— la soledad, el olvido, la pérdida de lo amado. Diríamos que este poema —titulado «¡Qué solo estoy!»—, patética súplica, es el clímax más hondo del exilio que está sufriendo:

¡Qué solo estoy a veces, oh qué solo
y hasta qué pobre y triste y olvidado!
Me gustaría así pedir limosna
por mis playas natales y mis campos.
Dad al que vuelve, ¡por amor!, un trozo
de luz tranquila, un cielo sosegado.
¡Por caridad! Ya no me conocéis...
No es mucho lo que pido... Dadme algo.

Rafael Alberti mendiga patria, mendiga luz, en su pobreza de exiliado sin retorno, desde Punta del Este en Uruguay. ¡Triste poeta que demanda una limosna de amor y de recuerdo!

En la «Balada del andaluz perdido» (de las *Baladas y canciones del Paraná*), extraviado en una orilla extranjera, el poeta alude a su soledad, en fingido diálogo con el río que, en verdad, es una autodiálogo consigo mismo, desdoblado en las dos mitades de su vida, en España y en América:

Perdido está el andaluz
del otro lado del río.
—Río, tú que lo conoces:
¿quién es y por qué se vino?
Vería los olivares
cerca tal vez de otro río.
—Río, tú que lo conoces:
¿qué hace siempre junto al río?

Vería el odio, la guerra,
cerca tal vez de otro río.

Río, tú que lo conoces:
¿qué hace solo junto al río?

Veo su rancho de adobe
del otro lado del río.

Sólo caballos, caballos,
caballos solos, perdidos.

¡Soledad de un andaluz
del otro lado del río!

¿Qué hará solo ese andaluz
del otro lado del río?

En la canción 17 busca remedio a la soledad a través del olvido que no consigue nunca: olvido de los que ha visto y que no puede dejar de recordar.

A la soledad me vine
por ver si encontraba el río
del olvido.

Y en la soledad no había
más que soledad sin río.

Cuando se ha visto la sangre,
en la soledad no hay río
del olvido.

Lo hubiera, y nunca sería
el del olvido.

Incurable nostalgia, adscrita a la soledad, hincada en ella. Añoranza de un retorno que se sueña posible —o imposible— desde las «solitarias barrancas del Paraná».

5. Reviviscencias

Rafael Alberti, para paliar o sanar su cruel soledad, querría —como hemos visto— refugiarse en el olvido, pero éste es un inalcanzable territorio en el ámbito de la memoria y en la hondura del sentimiento. El único remedio que le queda es «revivir» el pasado para seguir viviendo en el presente. Sólo la «reviviscencia» sacará de las sombras y de la lejanía los fantasmas del pasado. Machadianamente, sólo el recuerdo —real o ensoñado— salva lo vivido de la muerte y de la nada. Si al poeta no le es dable regresar «físicamente» a España, sí puede conseguirlo por la evocación onírica o visionaria. Por eso escribe los *Retornos de lo vivo lejano*, libro de evocaciones del pasado y, además, de regreso a los años ya vividos. Muchos muertos que aún siguen existiendo en la memoria del nostálgico exiliado. El poeta les pide compañía en su soledad, aunque esta «reviviscencia» le traiga más melancolía y tristeza que gozo o parva resignación ante la ausencia irremediable.